

DE CÓMO LA PANDEMIA SANITARIA DEL COVID-19 SE CONVIRTIÓ EN “PAN-PÁNICO”

Pedro Pérez Herrero

En abril de 2020 todos los medios de comunicación hablan de la pandemia generada por el COVID-19. TV, radio y prensa dedican horas y páginas a este tema. Se narra en tiempo real cómo evoluciona el número de contagiados, los curados y los muertos. Se indica la edad el género de los fallecidos y si tenían enfermedades previas. Los jefes de Estado y los presidentes ofrecen mensajes oficiales con tono grave y caras serias indicando el número de muertos y recordando la necesidad de quedarse en casa para reducir el número de los contagios. Se publican fotos dramáticas de morgues llenas de ataúdes y las cámaras de televisión muestran las calles vacías de las más importantes ciudades del mundo. Los muertos son enterrados en soledad. Mientras tanto, millones de personas confinadas en sus casas aplauden a las 20:00 horas de cada día para mostrar su agradecimiento al personal sanitario, a los policías, al Ejército, a las funerarias, al sector alimentario y del transporte por hacerse cargo de la salud pública, vigilar las calles y garantizar el abastecimiento en los supermercados. Solo se permite salir a la calle con mascarilla a los servicios esenciales (sanidad, policía, ejército, alimentación, transporte). Los millones de ciudadanos confinados solo pueden salir a comprar alimentos al supermercado más cercano o a la farmacia, y llevando su mascarilla y guardando la distancia oportuna cuando se cruza con otro ser humano. Podría ser la imagen de una película distópica del fin de la civilización en la tierra, pero es la realidad. Nunca pudimos imaginar hace dos meses que veríamos estas escenas.

¿Por qué ha generado un pánico generalizado (“pan-pánico”) el COVID-19? ¿Por qué se ha decidido parar la economía del mundo para combatir la pandemia? Si se compara el total de las cifras de muertos causado por el COVID-19 con las generados por el hambre, las enfermedades conocidas (SIDA, infartos, tabaquismo, alcoholismo, obesidad, hipertensión, depresión, suicidios), la violencia (narcotráfico, guerrillas, guerras civiles, golpes militares, I Guerra Mundial, II Guerra Mundial, Guerra de Vietnam, Guerra de Corea, Guerra de Irak, Estado Islámico y un largo etcétera), los accidentes de tráfico, los desastres naturales (incendios, terremotos, maremotos) y los desastres ocasionados por los errores humanos (Chernóbil, Fukushima), se comprueba que el COVID-19 no está ocasionando millones de muertos. A 24 de abril de 2020 la cifra de las muertes ocasionadas por el COVID-19 alcanzaban un total en el mundo de 191.000 fallecidos. La II Guerra Mundial ocasionó, según los cálculos más optimistas, unos 60 millones de muertos; la I Guerra Mundial se saldó con unos 22 millones de decesos; el hambre y la desnutrición afecta a 821 millones de personas en el mundo (según Naciones Unidas 24.000 personas mueren de hambre diariamente en el mundo, de los cuales un 75% son niños de menos de cinco meses).



La Organización Mundial de la Salud (OMS) repitió hasta la saciedad que la única forma de combatir la pandemia era recurrir a la vieja receta del confinamiento (bien conocida en tiempos pasados). Algunos gobiernos quisieron en un primer momento saltarse estas indicaciones sosteniendo la tesis de que era mejor que la sociedad se inmunizara lo antes posible, pero al poco tiempo, cuando comenzaron a llegar los ataúdes a las morgues y los ciudadanos comenzaron a sentirse desprotegidos, los dirigentes negacionistas cambiaron de opinión (muchos de ellos presionados por el descenso de votos que ello podría suponer en las elecciones que estaban por celebrarse). Finalmente, todos los gobiernos acabaron aceptando las indicaciones de la OMS. La política sanitaria del confinamiento ha cosechado en el corto plazo resultados positivos al reducir el número de contagios y fallecidos, pero ha originado una crisis económica mundial de una intensidad desconocida en la historia de la humanidad. A su vez, el parón económico y el aumento del gasto público han desequilibrado las cuentas públicas generando un fuerte déficit.

Hasta mediados de 2019 se había aceptado (bien por unos, mal por otros) que el mundo se había convertido en un escenario hostil, que las nuevas generaciones vivirían peor que las anteriores, que la seguridad estaba en peligro, que el deterioro del medioambiente tendría consecuencias devastadoras, que los servicios públicos (sanidad, educación, seguridad, limpieza) debían recortarse debido a que no había suficientes recursos, que los salarios no podían subir pues había que aumentar la competitividad, que los contratos laborales no podían seguir siendo por tiempo indefinido, sino que debían pasar a ser por horas o por obra realizada, y que los fondos de pensiones debían privatizarse. Calaron los relatos neoliberales de la necesidad de contraer al máximo el gasto público y privatizar las empresas públicas. Se nos decía que el mercado era el único mecanismo en el que poder confiar para gobernar el mundo por ser el más justo y eficiente; y se nos repetía hasta el cansancio que había que reducir al máximo las abultadas maquinarias de gestión del Estado por ser instrumentos corruptos gestionadas por individuos que o bien pretendían tener un lucro privado para alimentar a sus clientelas, o bien estaban en manos de ideologías comunistas pasadas de moda que ponían en peligro el liberalismo económico. Se decía que el mejor Estado era el menor Estado.

A finales de 2019 el mundo se despidió con la noticia de que la economía mundial no iba todo lo bien que debía, que no se había superado la crisis de 2008, y que pese a los recortes no se había generado la confianza necesaria en los mercados y en las bolsas. El año de 2020 comenzó con la noticia de la extensión de la pandemia del COVID-19 por el planeta. Todas las discusiones anteriores de cómo afrontar las crisis económicas, promover los intercambios comerciales, liberalizar los mercados, reducir el déficit público, controlar las inmigraciones, parar las violaciones a los derechos humanos, frenar el deterioro medioambiental, luchar por la igualdad de derechos, y un largo etcétera se detuvieron. Ya solo se comenzó a hablar del coronavirus, las muertes y los confinamientos. Los ciudadanos nos convertimos en expertos en cómo “aplanar” la curva de los contagios. Comenzamos a vivir solo en el presente. No existía futuro y el pasado no importaba. Solo algunos siguieron mirando al pasado para tratar de recuperar viejas utopías en las que refugiarse (Zygmunt Buaman, *Retrotopía*, Barcelona, Paidós, 2017). El COVID-19 nos



dejó congelados, paralizados, inmovilizados en nuestras casas. Aceptamos el confinamiento como un mal menor, pues no había nada mejor que hacer que luchar por mantenernos vivos. Nos olvidamos momentáneamente de los derechos civiles, políticos y sociales por los que habíamos luchado durante los dos últimos siglos. Lo más curioso de toda esta historia es que de repente los viejos defensores neoliberales de los recortes y del adelgazamiento del Estado se mostraron ahora como los más fervientes valedores de las políticas de aumento del gasto público y la intervención del Estado en la economía. Algunos de los más ultramontanos halcones neocons pasaron incluso a defender la renta universal básica, y aparecieron de la noche a la mañana millones de dólares para ofrecer subvenciones y rescatar todo lo que hubiera que hacer. Ningún afiliado a un partido comunista en la década de 1960 pensó que podría ver tal intervención del Estado en la economía defendida por los empresarios y los defensores del mercado. El mundo al revés.

La pandemia generada por el COVID-19 generó en una primera fase un estado de perplejidad generalizado al mostrarnos que el mundo no era tan seguro como creíamos debido a que la ciencia no estaba siendo capaz en tiempo récord de resolver el problema. Durante las primeras semanas los medios de comunicación concentraron su atención en indagar qué laboratorio estaban en disposición de encontrar la vacuna salvadora. Posteriormente, el miedo fue creciendo cuando se comprobó que las instituciones internacionales existentes no estaban funcionando correctamente. Finalmente, comenzamos a darnos cuenta de que la confianza que habíamos depositado durante los dos últimos siglos en que la modernidad y el progreso nos guiaba adecuadamente hacia un futuro siempre prometedor se derrumbaban como un castillo de naipes en unos minutos ante nuestros ojos atónitos. El COVID-19 generó un pánico mundial, no por su letalidad, sino por poner en evidencia la fragilidad del mundo en el que vivimos y que creíamos que teníamos controlado. Un virus, que solo pude verse con un microscopio, derrotó a los ejércitos más poderosos del mundo, desequilibró el mundo, y nos dijo alto y claro que el sistema económico y político en el que vivíamos no era capaz de dar soluciones adecuadas a los problemas de la humanidad. Puso en evidencia que el capitalismo había generado desigualdades sociales y que el sistema democrático se había convertido en una maquinaria electoral dedicada a fomentar los disensos en vez de promover los acuerdos. El COVID-19 nos demostró de forma descarnada que el mundo se enfrentaba a un final de una etapa. No era un problema coyuntural, sino estructural.

La sensación de falta de confianza en un proyecto de futuro no es nueva. Pandemias, enfermedades y catástrofes se han sucedido con regularidad en la historia como demostró brillantemente hace años William Hardy McNeill (*Plagas y pueblos*, Madrid, Siglo XXI, 2016, 1ª ed. en inglés 1976), pero sabemos también que la sensación de pánico generalizado se da cuando una crisis económica, un desastre natural, o una pandemia se combinan con la ausencia de un proyecto de futuro por el que luchar. La peste negra generó un clima de desesperanza durante el reinado del emperador Justiniano en el siglo VI, en plena crisis del imperio bizantino, no solo por el número de las muertes que generó, sino por poner en evidencia que no había una utopía en la confiar. La misma peste negra trajo también un sentimiento de crisis existencial en Europa en el siglo XIV por coincidir



con el final de un sistema de valores. La muerte se acabó conviviendo en algo natural al no ser capaces de visualizar otra alternativa. Se interpretaba que era un castigo divino que había que aceptar estoicamente y que servía además para recordar al ser humano que no era dueño su destino. No había un horizonte con el que soñar. La viruela generó en el mundo náhuatl del altiplano mexicano de comienzos del siglo XVI la misma sensación de vacío al comprobar que no solo estaban muriendo seres humanos, sino una civilización. La mal denominada “gripe española” de 1918, coincidiendo con el final del I Guerra Mundial y el modelo exportador, impulsó parecidos sentimiento de final de ciclo a comienzos del siglo XX. El VIH hizo tambalear al mundo coincidiendo con la crisis económica y de valores de 1980.

Cuando en los próximos meses (no sabemos cuántos) se halla ganado la batalla a la pandemia, se termine el confinamiento y se abran de nuevo las calles a los ciudadanos, comprobaremos que el mundo ha cambiado. Nuestros Estados y las grandes empresas estarán más endeudados, muchas pequeñas y medianas empresas habrán desaparecido, la informalidad habrá crecido, los ingresos de los Estados se habrán mermado, la pobreza se habrá extendido y la desigualdad habrá aumentado. Estaremos ante un escenario de crisis económica, pero con el agravante de que se dará en un escenario de mayor desigualdad social y con Estados más debilitados por estar más endeudados y disponer de menos recursos fiscales para hacer frente a las demandas sociales y las potenciales movilizaciones. Presumiblemente, todo ello provocará un descrédito en las instituciones, un aumento de la desafección política, ya de por sí preocupante en la actualidad, una disminución de la solidaridad internacional cuando más se necesitaba, y una excitación de los nacionalismos excluyentes, los odios, la xenofobia, los supremacismos y los autoritarismos. Cuando más se requería de un consenso internacional, comprobamos que caminamos en sentido contrario entonando el grito del sálvese quien pueda.

A diferencia de las situaciones generadas en el pasado, cuando se activaron economías de guerra en situaciones de emergencia en las que la reducción de la demanda de ciertos bienes y la actividad de ciertos sectores se compensó con la producción de material bélico lográndose que la demanda global quedara estable (y en algunos casos incluso aumentó) y se mantuviera niveles elevados de empleo, la situación actual es diferente ya que se ha generado una reducción en la oferta de muchos bienes y al mismo tiempo se ha recortado la demanda quedando en consecuencia muchos recursos productivos ociosos. Para calmar la situación de pánico, los Estados ofrecieron subsidios a empleados y empresas e hicieron esfuerzos ingentes para tratar de sostener lo mejor posible la salud pública.

El panorama internacional se habrá transformado profundamente también, por lo que será complicado regresar a la casilla de salida. Estados Unidos habrá dejado de ser el salvador del mundo, y China habrá perdido la ocasión de convertirse en una potencia científica-tecnológica con capacidad de ocupar el liderazgo en la solidaridad internacional al haber tratado de beneficiarse de vender a precios abusivos el material sanitario que necesitaba el mundo. Los países comenzarán a comprender que la apuesta que hicieron por comprar insumos básicos a precios bajos en mercados lejanos para reducir los costos de producción



originó una dependencia suicida, por lo que volverán a implementar políticas autárquicas. La Unión Europea, la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (CELAC), la Alianza del Pacífico, el Mercado Común del Sur (MERCOSUR), la Unión Africana, la Asociación de Naciones del Sudeste Asiático (ASEAN) y otras tantas asociaciones regionales quedarán deslegitimadas al comprobarse que sus representantes se enredan en discusiones procedimentales interminables que retrasan la toma de soluciones a los problemas. Una vez más, por desgracia, quedó patente que son instituciones que trabajan para gestionar los disensos, en vez de para construir los consensos.

En toda esta historia que vamos conociendo e intuyendo, resulta llamativo comprobar que muchas de las instituciones que fueron creadas tras la II Guerra Mundial para tratar de mantener el equilibrio en el mundo no hayan hecho propuestas serias. Solo se ha escuchado la voz de la OMS. El Banco Mundial (BM), el Consejo Empresarial Mundial para el Desarrollo Sostenible, el Fondo Monetario Internacional (FMI), la Organización de las Naciones Unidas (ONU), la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO), la Organización Internacional del Trabajo (OIT), la Organización Mundial del Comercio (OMC), la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE) y la UNESCO parecen haberse evaporado. Dado que la crisis sanitaria ha devenido en crisis económica y social y que presumiblemente en el medio plazo tendrá efectos políticos y en los equilibrios internacionales ¿no tienen nada que decir estas instituciones? ¿Por qué no actúan en los tiempos de crisis cuando más se las necesita? ¿su silencio indica que son prescindibles?

Necesitamos urgentemente una vacuna y un tratamiento efectivo para reducir los contagios y curar a los enfermos, sin duda, pero requerimos imperiosamente además de un nuevo proyecto de futuro ilusionante basado en la dignidad, la solidaridad y en el reconocimiento de las diferencias. Pero el COVID-19 nos pone sobre aviso también de que un mundo globalizado precisa de un equilibrio internacional, una gobernanza mundial, o como queramos llamarlo, que sea capaz de garantizar la convivencia pacífica de todos. No se trata de crear un único Estado, sino de generar soberanías compartidas con unas reglas básicas de convivencia aceptados por todos. Una economía global no puede expandirse en un escenario internacional lleno de barreras (las fronteras de los Estados-Nación) y los Estados-Nación no pueden replegarse sobre sí mismos, pues ello supone la reducción de sus mercados externos y por ende un recorte en la actividad económica, como sostuvo Dani Rodrik hace ya algunos años.

Los principios de libertad, igualdad y solidaridad de 1789 han quedado sobrepasados en 2020. La igualdad y la libertad están confinados, y de la solidaridad nos hemos olvidado. El mundo no está en crisis por el COVID-19. El virus ha acelerado un proceso de desajuste del sistema económico y del modelo de representación político que venía dándose desde al menos la década de 1980. El mercado y el Estado no son los malos de la película como pretenden hacer nos creer algunos, sino el tipo de mercado y de Estado que hemos construido. Debemos volver a analizar por qué y para qué se crearon los Estados a comienzos del siglo XIX. Si abrimos bien los ojos y leemos correctamente lo



que nos dice el COVID-19 podremos ser capaces de construir un futuro democrático de dignidad y de paz, superando los errores y los egoísmos cometidos en el pasado. Si nos empeñamos en interpretar que se trata solo de una crisis sanitaria que saldremos de ella cuando se encuentra una vacuna, tendremos confinamientos y crisis para rato. Las empresas farmacéuticas productoras de ansiolíticos harán caja, y Netflix tendrá un mercado asegurado produciendo películas y series recordando el mundo que se nos fue de entre las manos. Necesitamos potenciar los análisis académicos de Historia y Prospectiva para no depender de los escenarios de corto plazo manejados por empresas para aumentar sus ganancias, o por asesores políticos para ganar elecciones al precio que sea. El COVID-19 nos ha venido a decir que necesitamos un buen mapa y buenos pilotos para navegar en las procelosas aguas del futuro.